

Lecturas

En el I Cuatrimestre leímos dos cuentos de la uruguaya Armonía Sommers. “Muerte por alacrán”

<http://faculty.mansfield.edu/wkeeth/Independent%20Study/Alacran.pdf> y “Historia en cinco tiempos...” <http://blogdelamasijo.blogspot.com/2012/07/armonia-somers-historia-en-cinco.html>

Invitamos a leerlos y ofrecemos la reseña de Mariela Vignolo que surgió de la reflexión compartida de “Historia en cinco tiempos”

Se trata de un magistral relato de la escritora uruguaya Armonía Sommers. Desde la primera oración contagia la necesaria intriga de un cuento que es la columna vertebral de la que no se puede prescindir. En deliberada separación y hasta con una suerte de subtítulos, cada *segmento* tiene vida por sí mismo. Y como buen relato literario no apela, solamente, a la inteligencia del lector. Por el contrario se ve, se siente, se palpa, el desgarramiento del personaje ante cada pérdida que sufre. La expresión de apertura es contundente y nos sumerge en el universo del personaje: “Nada en el mundo podía compararse a su desgracia de hombre. Nada...”.

De ahí en más...asistimos a la sucesión de pérdidas. La mujer, el perro, el gallo, el caballo, el almabre, abandonan su mundo, lo abandonan, hasta la desgracia incomparable.

Hasta aquí, las “partes” que en conjunto resultan esta potente narración que permite vivir y sufrir la angustiada vivencia de un hombre –personaje sin nombre- que lo va perdiendo todo. Un narrador en tercera lo observa de muy cerca y también se cuela en su interior. Así nos transmite cómo es la experiencia del hombre que a medida de sus pérdidas crece en una soledad existencial que por insoportable llega al desvarío y al delirio.

El desenlace, inesperado, apela a un lector más activo que solidario con el personaje que puede elegir o acompañarlo en sus ensoñaciones o, al contrario, compadecerlo por el naufragio que lo azota.



Sommers nació en Pando el 7 de octubre de 1914 y falleció en Montevideo el 1º de marzo de 1994.

Una narrativa desde lo extraño

Por Gabriel Lubo

El cuento leído es una narración que inicia *in media res* (inicio abrupto). Es decir, el cuento irrumpe con las cosas ya sucediendo. El lector se encuentra en medio de una situación cuyos antecedentes no son explicitados en orden. El lector experimenta una sensación de “película comenzada”, que genera desacomodamiento que se abandona tras avanzar en la lectura.

En “Historia en cinco tiempos” se constata este tipo de comienzo, y ya en el primer párrafo el lector se encuentra con el mundo cerrado de un vagón de ferrocarril y la pérdida de la mujer que se adhiere a esa miseria espantosa, como la muerte al olvido.

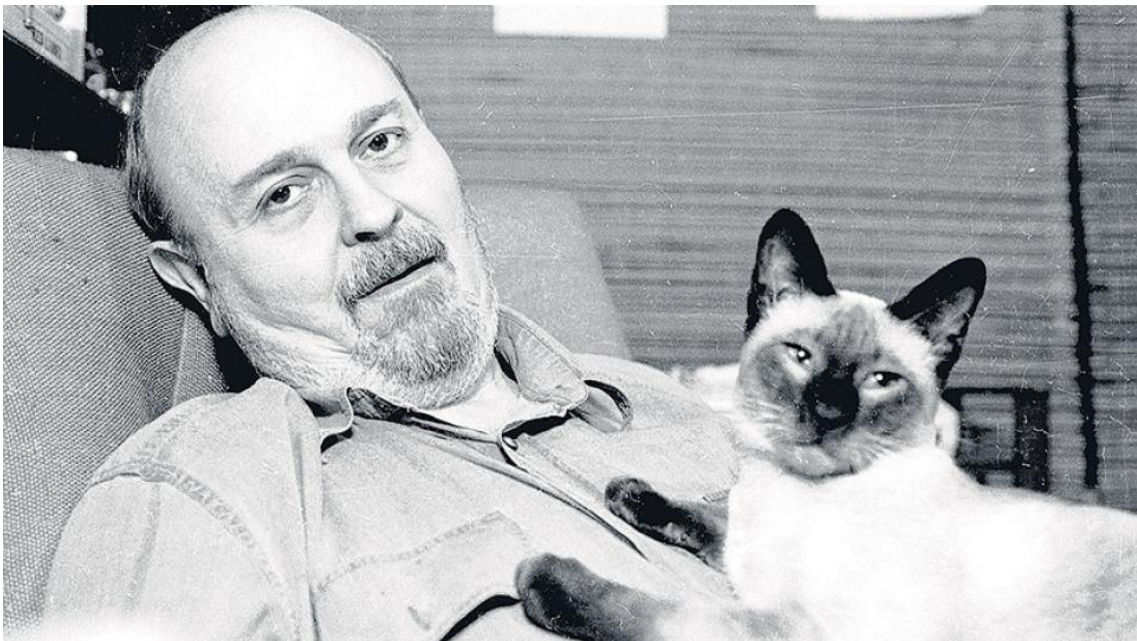
Es que la materia en el texto de Somers tiene capas y densidad. Puede resultar difícil la entrada a esa narrativa que ha sido clasificada dentro de los “raros”: un adentrarse en un mundo que causa estupor. No es sólo la pérdida de la mujer, el gallo, el perro, el caballo: es todo lo que eso recubre y que deja ver a partir de su ausencia.

En el segundo párrafo hay una evocación casi tangencial a la mujer que ya se fue desde un ángulo oblicuo: no hay quien presienta la cercanía del paso del tren y sostenga los objetos que se caerán por la vibración. No es la única referencia en el inventario de las miserias que rodean al hombre en la que el narrador se sitúa en un punto cercano a la ironía descarnada. En este recurso hay mucho de materia y también de técnica. Esa distancia entre el narrador en tercera y lo que rodea a los personajes causa una sensación de extrañeza, una especie de empatía disociada en la que se describe lo humano con una objetividad propia del mundo natural. El narrador no expresa compasión, ni pudor ni esperanza. La oscuridad de la escritura recubre estas características dándoles una luminosidad difusa, tenue, a media luz entre el derrumbe y lo patético. Esta oscuridad echa luz sobre aspectos muchas veces ocultos del propio ser humano, tal vez dando cuerpo (literario) a lo que sugería Juan José Saer (1989) como un posible o provisorio concepto de la ficción: “una antropología especulativa”, tan lejos de lo verificable (que en su versión literaria entraría dentro del llamado “realismo”), como de lo deliberadamente falso, sostenido, sí, por la verosimilitud interna que guarda el texto.

Esperar un final “reparador” en un cuento de Armonía Somers resulta iluso. El final de “Historia en cinco tiempos” debe verse como un perpetuo “ir cayendo” sin encontrar el fondo, ni tampoco dejar de caer. Dicho de otro modo: lo opuesto a la solución mágica, el final feliz. Ahora bien, como gran texto literario la última palabra la tiene el lector, invitado a definir qué le ocurre al hombre, al ser humano (recordemos que el personaje no tiene nombre) ante una radical situación de pérdida y abandono.

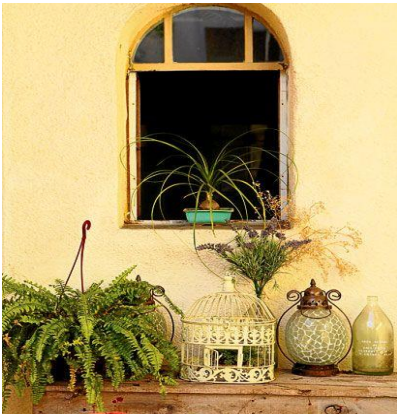
Porque leemos, escribimos

La lectura de “Vidrios rotos” de Osvaldo Soriano <https://www.narrativas.com.ar/vidrios-rotos/> motivó retrotraernos a la infancia y se propuso a modo de consigna la escritura del recuerdo. Ofrecemos aquí algunos de los textos que surgieron como respuesta.



Osvaldo Soriano (Mar del Plata, 6 de enero de 1943 – Buenos Aires, 29 de enero de 1997) *El cuento elegido pertenece a Cuentos de los años felices 1993*

Patio



Por Ana María Amarilla

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla
mi historia, algunos casos que recordar no quiero”*

Antonio Machado-Retrato-1906

Fue el escenario más amplio y sólido de mi niñez. Se extendía a lo largo del terreno por el costado izquierdo de la casa, desde el portón de entrada y el jardín, hasta el galpón del fondo.

Como una sucesión de estilos, empezaba en las baldosas con flores de la galería. Allí, en las tardes de otoño, una prolija fila del más variopinto surtido de muñecos constituía el alumnado ideal, frente a la pizarra atril repleta de sumas y restas. Quietitos y callados fueron testigos de los albores de la vocación que fue.

Más adelante, frente a la cocina, los mosaicos cambiaban el diseño. Uno geométrico me invitaba, aún en los inviernos más crudos, a simular un almacén con mi hermano. El piso frío no acobardaba. La bombacha de lana, tejida por las laboriosas manos de madre, protegía.

Más allá, aparecía una especie de collage bajo el parral. Partes de cemento alisado y restos de variada procedencia unidos con la maestría albañil de papá, acondicionaban el sitio justo para la tibieza de la siesta primaveral. A la sombra de la parra inventaba mil historias envueltas en disfraces, valiéndome del asalto al cuartito de

costura donde descansaban los múltiples cortes y restos de tela que serían o habrían sido las vistosas prendas que surgían de la habilidad de la tía Josefina.

Al final, frente al galpón y al limonero, llegaban las lajas. Un combinado de formas irregulares y colores desteñidos entre azules y rojizos, eran la base ideal para lo más placentero en las cálidas tardes de verano: el tacho de zinc se llenaba lentamente con la manguera y esperaba mis chapuzones calentándose desde el mediodía. Sin colonia, sin playas ni montañas el patio, que ya no existe, es hoy el escenario, evocado, de años felices que vio escurrir mi infancia. Como se escurría el agua entre las lajas, en aquél patio de Flores.

Tus padres se van...

Por Mariela Vignolo

Cuando en algunas noches aparecía esa chica, que me trataba muy bien y me quería, yo sabía que mamá y papá salían. Aunque los veía todos los días, mami estaba siempre con nosotros, en mis infantiles y escasos cuatro años, no aceptaba dejar de verlos durante esas dos o tres interminables horas.

Entonces y para que la desgracia no fuese sólo mía y no quedar como tonta y llorona, no una sino varias veces tuve la brillante idea de hacer que otro también llorara. Con la mayor seriedad de que era capaz le decía a mi hermanoenemigo, menor que yo: “Tus padres se van, nos dejan”. Y el conmovedor llanto del pequeñín, aturdía y no me hacía sentir culpable...recuerdo que hasta feliz.

¿Culpable? Me sentí años después, y cada vez que me lo recuerda, riendo como loco, burlándose y disfrutando mi remordimiento (lo tengo merecido). Es el mismo hermano que se burla por esa vez que lo hice volver al supermercado por una lata de atún que la devastadora inflación había duplicado su valor en unas horas. El mismo hermano que recuerda los años de estudiantes compartidos, con democracia estrenada hacía poco, a los tumbos, y en una inhóspita ciudad capital para ambos.

Ahora ya me acostumbré la demoledora urbe que habla sin parar aunque no sea escuchada ni mirada y hasta me sería difícil volver a mis pagos natales, a pesar de los siempre extrañados e infinitos cielos azules de mi tierra. Pero ¿Culpable? ¿Te sentís culpable? Me preguntaron hace poco.

¿Por la crueldad infantil? ¿Por no arrepentirme de decisiones tomadas? ¿Por haber compartido mi vida con el que no querían mis viejos? ¿Por no perdonar a la familia traidora? ¿Por ser generosa en el amor?

No. En todo caso, la culpa es por no haber expulsado de mi corazón y de mi mente enroscada lo que debía decirse. Y es la misma culpa, enroscada, que ahora no me deja dormir en interminables noches de soledad...y que recuerda con ternura y sin culpa, la cruel manera de haber tratado a mi hermano.

Muñecas



Por Iliana Rodríguez

Te recuerdo sentada en el estante blanco de mi pieza, rodeada de las demás, con tu cabellera brillante...

Yo era la princesa de la casa y de las dos familias. La única sobrina mujer, la más mimada. Cuando cumplía años, mis dos tías, Mirta y Susana, traían sendos vestiditos para que yo estrenara y ahí empezaba la competencia: que el mío es más moderno, que éste le queda mejor, mirá qué linda mi princesita...

A mí me encantaba que se pelearan por mí y hasta soportaba sus besos pegajosos y los apretujones. Hasta que se metieron con vos. Siempre fuiste mi muñeca preferida. Mi abuelo me había traído una de Italia que hablaba y caminaba, pero vos seguías siendo la mejor, la única con la que jugaba todo el día. Me encantaba bañarte y lavarte el pelo hasta que quedara brillante, aunque fuera imposible peinarlo. Yo te prefería. Creo, incluso, por el pelo.

Pero las tías no: - Mirá qué feo tiene el pelo esa muñeca. - Desentona con las demás... ¿por qué tendrá la cabellera así? ¡Nada que ver con la italiana! Yo las escuchaba y sabía que se irían y nos dejarían tranquilas. Pero ¿cuándo fue? Mientras una te tomaba entre sus manos, la otra... tris tras... te cortó aquella brillante cabellera.

-Así está mejor, dijeron con mirada cómplice. Orgullosas de su buena acción, se despidieron de mí con un beso. Ninguna reparó en mis ojos, ni en los tuyos. Recuerdo un dolor inexplicable. Insoportable. No pude defenderte. No pude defenderme y casi te escondí en la repisa, con mi niñez.

La más chiquita



Johanna Hergot

Llegamos a la remisería. Estaban ahí, los hombres sentados con el mate en la mano, esperando *la llamada*, esa llamada que sumara un pan más a la mesa, un cigarro más en la boca. El ambiente, como siempre era algo tenue y polvoso, pero aún así no faltaban los chistes y el intento de ponerle gracia a la tarde entre compañeros.

Saludamos con mamá a cada uno y nos sentamos a esperar, sumándonos a la charla. Ella ya estaba acostumbrada, pasaba gran parte del día ahí, yo la acompañaba de vez en cuando. Nosotras también esperábamos esa llamada. Fue ahí cuando a mi mamá le empezaron a hacer los mismos comentarios de siempre: “¡Siete!” “¿No tenían tele?” Mi mamá siempre orgullosa de sus siete patitos agregaba “y ella es la séptima maravilla”, señalándome. Consecuentemente estaba la respuesta fija de quien recibía ese mensaje: “Seguro la más chiquita y la más mimada”. Y así fue. Me sonreí para quedar lo menos antipática y vergonzosa posible, como si fuera cierto lo que el hombre decía y como si fuera la primera vez que escuchaba el comentario.

Que el compañero de mi mamá me dijera eso me hacía pensar en el mate cocido, en el pan repartido, en los olvidos de mis hermanos para retirarme de la escuela, en las cargadas que les hacía, en sus risotadas, en las mías, en burlas que ellos me hacían a mí. En las salidas, paseos y peleas. Me hacía pensar también en la casa repleta, en la música al palo. En las tardes de baile en el comedor, o en la mesa haciendo sola las tareas.

Todavía hoy, recuerdo todo aquello y las llamadas por viajes que me dejaban, mañanas y tardes sin mamá.

El tren



Por Patricia Cesario

Cuando nací, mis papás vivían con mis abuelos maternos Rubia y Julio en José C. Paz. Así que era la mimada de la casa. El abuelo Julio y yo tuvimos un vínculo especial. Dicen que era el único que lograba hacerme dormir. Al tiempo mis padres alquilaron una casita lindante a las vías del tren. Cuando íbamos a visitarlos, la abuela me recibía a los gritos de llegó la pequeña del abuelo.

Mi abuelo trabajaba en la ciudad y tomaba el tren todos los días. Un domingo me dijo: - Mañana cuando pase con el tren, subí a la terraza y yo te voy a saludar con el diario por la ventanilla. Al día siguiente cuando llegó la hora y escuché la campanita del paso a nivel, fui a la terraza. Efectivamente pasó el tren despacio y ahí estaba el abuelo Julio asomado a la ventanilla sacudiendo el diario para que yo lo viera.

Pasaron muchos años. Mi abuelo no pudo estar cuando me casé ni cuando nacieron mis hijos ni cuando compramos nuestra primera casa y también el tren pasaba cerca. Pero me conmovía recordando todas las veces que subía a la terraza y mi abuelo me saludaba. Y todavía me conmuevo ahora...cada vez que escucho o veo que pasa un tren.

Las manos manchadas



Por Gabriel Lubo

Mi primera enciclopedia de animales fueron las tarjetas que venían en el envoltorio interior de los chocolatinos *África*. Mi madre siempre compraba tres, uno para cada hijo. Con mis hermanos los abríamos simultáneamente, cada uno el suyo, e íbamos anunciando el animal que nos había tocado: descubríamos si era uno que ya estaba en nuestra colección, leíamos las características comparando cada animal, nos intercambiábamos las tarjetas, las clasificábamos para guardarlas.

Esas mañanas las pasaba solo con mi madre; mis hermanos, mayores, iban a la escuela. Yo iba por la tarde, porque sólo desde el cuarto grado se cursaba a la mañana. La escuela quedaba a unas pocas cuadras. En mi grado, ya en segundo, empecé a darme cuenta que había dos grupos de chicos: el de los adaptados, al que pertenecía, y el de los no-adaptados. En el primer grupo estábamos los que nos identificábamos con cierta forma de actuar, de hablar y permanecer en silencio, aceptábamos los tiempos en que había que estar sin hacer nada, los momentos de trabajo y concentración, y los recreos o fragmentos de las horas en que estaba habilitada nuestra libertad parcial para desplazarnos, hablar y jugar. Nos adaptábamos, la mayoría de las veces sin comprender del todo, pero sabiendo que actuar así era como se debía ser, pensar y sentir.

Los no-adaptados eran los repetidores, los que tenían mala conducta y los que no aprendían o lo hacían a un ritmo increíblemente lento; algunos cumplían todos esos requisitos. Los no-adaptados generaban muchos problemas, sobre todo a las maestras. Parecía que no sabían qué hacer exactamente con ellos. Algunas simplemente los ignoraban, sólo nos dirigían las palabras y las miradas a los adaptados; otras, intentaban neutralizarlos con advertencias que por momentos devenían amenazas; finalmente, había un sector intermedio de maestras que parecían comprenderlos, sentían una especie de lástima y los dejaban ser: ellas se adaptaban a los no-adaptados.

La maestra de segundo grado vivía cerca de mi casa. Aun así, ella nunca me dirigió la palabra directamente, sólo hablaba en general y a todos. Esta maestra sufría como ninguna a los no-adaptados.

Los adaptados tratábamos de no relacionarnos con los del grupo opuesto, aunque no estaba prohibido. De hecho, algunos no-adaptados se acercaban intentando ser amigos, ofreciendo defendernos de cualquiera que pudiera molestarnos. A cambio, esperaban que ese contacto les mejorara la imagen y les ayudara a disimular la distancia que existía entre ellos y los saberes que circulaban en el aula.

Los problemas de conducta a veces desbordaban a la maestra y echaba mano a diferentes recursos. El primero siempre era gritar, gritaba fuerte, se ponía roja, tensa, actuaba su enojo con todo el cuerpo: el pelo corto que se sacudía, las venas del cuello que sobresalían, la boca abierta mostrando los dientes, las manos amenazantes, la punta del dedo índice uniéndose a la punta del pulgar, formando un círculo y el resto de los dedos levemente estirados con movimientos convulsivos de arriba abajo y de abajo arriba, el pie derecho zapateando el piso para acentuar las palabras que pronunciaba, una inclinación del torso hacia adelante que comenzaba en su cadera, similar al que hacen los artistas cuando saludan al público, sacudiendo siempre un poco de polvo de tiza. A veces en esos discursos, sobre todo si la mala conducta había interrumpido una clase sobre un tema de cierta complejidad conceptual, soltaba amenazas que dejaban de ser veladas: “les juro que les tiro con lo que tengo”, y reforzaba lo dicho con golpes de la parte dura del borrador sobre el pizarrón o el escritorio.

Otro recurso utilizado por la maestra consistía en quedarse tiesa, callada, con cara de furia, sentada en su escritorio diciendo: “hasta que no dejen de tirarse tizas no hablo”. Otras veces, soltaba diatribas ya no en general sino dirigidas a los cabecillas de los no-adaptados. Solían ser preguntas retóricas: “¿qué tenés en la cabeza?, ¿eso te enseñan en tu casa?, ¿se puede saber a qué venís a la escuela?”. alguna que otra vez se largó a llorar. Y cuando nada de esto funcionaba, se iba y volvía con la Directora que cuando entraba al aula no tenía necesidad de pedir silencio, nadie se atrevía a hablar. La mayoría de las veces nos poníamos de pie, todos: parados, firmes, con las manos a los costados del cuerpo, al lado de nuestros asientos y saludábamos separando en sílabas “bue-nos dí-as, se-ño-ra Di-re’-to-ra”. El ritual continuaba con ella diciendo que podíamos tomar asiento. Entonces daba un discurso que solía repetirse con alguna variación de los siguientes subtemas: el pedido de que tomáramos conciencia del esfuerzo que hacía la maestra para

enseñarnos, que era una profesional excelente y nosotros no sabíamos valorar, que pudiendo quedarse en su casa venía todos los días para que nosotros pudiéramos ser alguien el día de mañana, que no quería tener que volver a este grado y repetirnos lo mismo.

En esos momentos la distinción entre los adaptados y los no-adaptados iba por dentro. Nosotros sufríamos una suerte de culpa. Aunque supiéramos que no era responsabilidad nuestra lo que estaba ocurriendo; que éramos casi tan víctimas de los no-adaptados como la propia maestra. Mirábamos hacia abajo y nos íbamos encogiendo en nuestros bancos, nos metíamos dentro de nosotros. Los no-adaptados disimulaban. Miraban hacia el techo como quien mira el cielo viendo si llueve, pensando cuánto faltaría para el recreo; bajaban la vista al suelo y se quedaban viendo los zapatos de la Directora, la pollera negra hasta apenas arriba de los tobillos, el tableado del guardapolvo y los gestos de su rostro, como quien mira por obligación una comedia que no le gusta.

El nivel de desorden en el grado era inconcebible. Una de esas tardes pensamos que la maestra renunciaría. El caos que reinaba no era más ni menos que otras veces, pero de repente se produjo un silencio desusado, luego de la entrada de un recreo. La maestra hablaba con una nena, y luego salieron del aula, la nena rengueando de una pierna. La Directora entró al aula como una tromba diciendo que hasta que no apareciera el que le había puesto una chinche en el asiento a la alumna, no saldría nadie de la escuela aunque se hicieran las diez de la noche. Por supuesto, ni apareció el culpable ni se hicieron más de las cinco y cuarto para irnos.

Los días siguientes la maestra no vino, y nos dio clases la Directora. Era un placer el silencio, el orden, la disciplina que ejercía sin tener que elevar el tono de voz ni amenazar a nadie. Su sola presencia era una advertencia. La Directora nunca explicaba ningún tema: llenaba el pizarrón de números, cuentas y problemas matemáticos.

Cuando volvió la maestra sucedió lo del Acosta, un no-adaptado puro. No se esforzaba en disimularlo ni en cambiar y adaptarse a la institución escolar. Era repetidor, tendría uno o dos años más que nosotros. Era alto por los años que nos llevaba de ventaja e incluso para la edad que tenía. No sabíamos su nombre, sólo su apellido porque así lo llamaban las maestras y los no-adaptados más cercanos. Era simplemente Acosta, y cuando hablábamos de él era el Acosta. Tenía sus propios tiempos para todo: cuando necesitaba ir al baño, se levantaba e iba sin hacer ningún comentario; cuando necesitaba un recreo, salía al patio; cuando quería dormir una siesta, se acomodaba en un rincón. No se sabía si tenía facilidad para aprender, ya que la mayoría de los días ni siquiera lo intentaba. Como no era violento cuando no lo molestaban, las maestras preferían hacer la vista gorda.

El Acosta tenía su propio sentido de la justicia: siempre defendía a un adaptado cuando uno de su grupo lo estaba acosando; podía enfrentar al más feroz de los no-adaptados, ya sea porque había hecho trampa en un juego o le había faltado el respeto a una maestra o había golpeado o vapuleado a un adaptado. Lo hacía a su modo, sin juicio

previo y con castigos físicos. Hasta había implementado el método de dejar a algunos compañeros conflictivos sin recreos como escarmiento.

Un día que llevé las tarjetas de los chocolates *África* de mis animales preferidos, las rescató del bolsillo del guardapolvo de un no-adaptado que me las había sacado con total impunidad, devolviéndome la mitad que le había prestado en un recreo.

Una tarde gris, de esas en que muchos chicos se quedan en casa, el busto de Sarmiento de la entrada de la escuela, más serio y cejijunto que nunca, presagiaba conflicto. Algo había pasado. La maestra estaba particularmente sensible y desconectada; en el aula de segundo grado estaba la maestra de recuperación acompañando al grupo. Nos dijeron que iríamos de a dos o tres chicos a la Dirección, que nos iban a hacer unas preguntas, que por favor respondiéramos la verdad, sin sentirnos presionados, que había pasado algo grave y que la maestra dependía de nuestra palabra para no perder el trabajo. Era nada lo que llegamos a entender. A mí sólo me preocupaba tener que entrar en la Dirección.

Mis compañeros fueron yendo a la Dirección: salían del aula acompañados por otra maestra y volvían a los pocos minutos. Cuando me tocó el turno a mí, en el camino me acordé que ese día tenía un chocolatín para el recreo, y me dije que había que pasar este trago amargo y que ésa sería mi recompensa. Entramos a la Dirección y ahí estaba el Acosta con su madre, la Directora y otras personalidades, incluida alguien muy importante que después nos enteramos que era la Inspectora, un ser inalcanzable por su grandeza. Alguna de ellas nos pidió que dijéramos la verdad, que no tuviéramos miedo: “¿alguna vez la maestra le dijo al alumno Acosta que era un idiota?”. Creo que no respondimos nada. La madre aclaró que las palabras habrían sido “por favor, no seas idiota”. Miré el escritorio y vi un gran libro negro de tapas duras y a la Secretaria que estaba llenando unos renglones con letra florida, las manos de la Directora temblando, la taza de té de la Inspectora, el reflejo en el vidrio de los rostros del Acosta llorando y la madre negando, ambos parados como a punto de irse. No sé si dijimos “no”, si negamos con la cabeza o si con nuestro silencio cómplice fue suficiente, pero la madre del Acosta interrumpió la escena diciendo que ya estaba bien, que le daba mucha pena todo lo sucedido, que pedía el pase a otra escuela y que estaba segura de que su hijo nunca mentía.

El camino de regreso al aula fue un calvario. La maestra que nos acompañaba nos felicitaba, nos decía que había sido muy importante lo que acabábamos de hacer, que nuestra docente estaba muy angustiada por todo esto, sobre todo por el riesgo a perder el trabajo por una mentira así.

Al entrar al aula me di cuenta que el chocolatín *África* me había quedado en uno de los bolsillos del guardapolvo y que nunca había sacado las manos de allí. Las manos me delatarían: iban a temblar, a gesticular, a tocarme la sien y hacerme recordar todos los momentos en que la maestra les decía barbaridades mucho peores a los no-adaptados, las manos con sus dedos podían señalar, denunciar, tirar al piso el libro negro de tapas duras, cerrar la puerta de un portazo y hasta hacerme gritar. Más vale tener las manos en los bolsillos como enjauladas, el guardapolvo como un chaleco de fuerza. Al sacar la mano

derecha del bolsillo noto que el calor y la presión de la mano derritieron todo el chocolate y la tengo marrón, empapada; la tarjeta del animal, totalmente arruinada. Trato de limpiarme las manos una a otra y me las veo así, manchadas de injusticia.